

Lecciones de cultura política mexicana

Por *Abraham Eleno*

Con el cambio de siglo, la política institucional del país parecía ajustarse a las expectativas que naturalmente conlleva el fin de un ciclo.

Las elecciones federales de ese año, estuvieron marcadas por la gran esperanza que despertó en la ciudadanía la posibilidad real de exorcizar a sus antiguos demonios, personificados por el partido que, por poco más de 70 años, logró mantener la hegemonía política. Dicha superioridad fue producto no ya del predominio de ideas, sino del control de las instituciones electorales, del abuso de las facultades de los funcionarios públicos, de la cooptación de actores políticos relevantes a nivel local, de la elaboración de complejas estructuras, de intrincados métodos de "persuasión" de la libertad de voto, y un largo etcétera.

En aquella ocasión, los argumentos y las propuestas no fueron la motivación principal para el eventual triunfo de la oposición, sino que el hartazgo logró por fin aprovecharse como forma de castigo contra el régimen tradicional. Es verdad que en anteriores ocasiones ya se había manifestado en las urnas el rechazo al partido en el gobierno y a sus cada vez más conocidas prácticas, pero no fue sino hasta el año 2000 que la alternancia fue posible.

Algunos optimistas ya vislumbraban un cambio en la ciudadanía, parecía haber despertado la conciencia política y social en los mexicanos y por fin gozaban de las mieles de una democracia electoral libre, legal y legítima.

Sin embargo, la fiesta se tornó desalentadora cuando al paso de la embriaguez democrática, los resultados no parecieron ser muy distintos. Fue entonces que comenzaron a razonarse algunas de las implicaciones inherentes al triunfo de la oposición.

Lo que anteriormente se viera como un cambio, no sólo en el uso y manejo de las instituciones, sino también en la madurez de la ciudadanía, culminó en el retorno a las prácticas comunes y las ideas rancias de paternalismo presidencialista. Lo que había ayudado a llevar al poder a la oposición, fue la idea antañona de solucionar los defectos del sistema político, económico y social a través de las prácticas centralistas que otrora dieran legitimidad a los regímenes priistas; la esperanza se centró en las instituciones guiadas por la voluntad política del nuevo presidente de cambiar al país "hoy". La ciudadanía había avanzado poco.

Luego del decepcionante mandato del presidente favorito de los moneros, la oposición hizo gala de lo aprendido al antiguo régimen y despachó por la puerta trasera, la oportunidad de una segunda alternancia partidista en el país. En esta ocasión, las críticas se centraron en la institución electoral que debía ser garante de la voluntad ciudadana, los electores habían dado algunas muestras de avance y quienes estuvieron dispuestos a defender su voto, terminaron vejados y calumniados por los medios de información y por la población que, no sólo hizo eco de los medios, sino que aún no comprendía el valor de la manifestación social. Al final, quienes parecían comprender su papel en la lucha por una democracia electoral eficaz, se fueron con la convicción de que su participación y manifestación de inconformidades por la vía pacífica e institucional, no servía en contra de los intereses de los grandes electores, de los que sí importan. Las instituciones parecían rezagadas frente al significativo avance de su ciudadanía.

Después de la llamada "docena trágica", el mayor beneficiado pareció ser el tradicional revolucionario institucional. Cabe mencionar que el PRI nunca se fue del todo de la vida electoral y mucho menos del sistema de partidos del país, si bien es cierto que a

nivel federal sufrió fuertes derrotas, a nivel estatal logró mantenerse, mínimo, como segunda fuerza electoral, sin mencionar que los partidos de "oposición" fueron aproximándose más al modelo de partido y prácticas que parecían características sólo del PRI.

El "nuevo" PRI regresó al poder a través de la sofisticación y modernización de sus viejas mañas electorales, de su mayor y mejor organización corporativa, de la poca memoria colectiva y del mito priista, aquel que "roba pero deja robar".

El resultado fue más que dudoso, pero aquellos que anteriormente estaban dispuestos a defender el voto, fueron intimidados por los fantasmas de las elecciones federales pasadas; manifestar la inconformidad ante los resultados electorales, comenzó a ser visto como una actitud antidemocrática, que ponía en peligro las instituciones (como si no peligraran suficiente por sus acciones y omisiones). Todo volvió a un insano equilibrio. Las instituciones habían logrado poner a su nivel, a la ciudadanía.

El equilibrio de fuerzas no podía más que beneficiar a las instituciones electorales todas. El discurso del cambio parece haber sido desplazado por quienes impusieron el respeto a las instituciones como orden.

Aún se escuchaban las palabras de aquellos que defendían las alternancias como forma de expresión ciudadana, cuando llegó el periodo electoral en 14 estados; fue ahí cuando todo tomó su verdadera dimensión: la izquierda en el país apenas pinta, el PAN se posiciona, en los números, como la segunda fuerza política en el país y el PRI descaradamente muestra su mismo y verdadero rostro, que además aún le funciona bastante bien.

Con la continuidad del PRI en las prácticas de siempre, también se volvió evidente, a través de la

contrastación, el poco avance de los demás partidos políticos nacionales y los similares que pueden llegar a ser. El PRI logró "formar escuela" y ha creado algo así como un *Nuevo Orden Nacional* en el que no es posible ya distinguir entre las supuestas opciones partidistas; y en un juego creado por ellos y para ellos, ha demostrado su hegemonía.

¿Qué pasó con la ciudadanía entonces?

Ha querido jugar el juego perverso de la democracia representativa liberal, pero se ha quedado corta de visión. Para el ciudadano promedio, la democracia prácticamente termina cuando emite su voto, cuando delega sus responsabilidades y en esta perspectiva cortoplacista, la obtención de beneficios tangibles inmediatos justifican su participación y abren la puerta a las prácticas poco éticas que permiten mantener el régimen de privilegios y prebendas de las instituciones políticas representadas (representan que representan) por los partidos políticos.

Parece que lo que se percibía como un avance, fue sólo una poco favorable dinámica que ha caracterizado al país: el régimen presidencialista, centralizado e identificado con la figura presidencial se mantiene con gran fuerza en el ideario mexicano, como el gran rector, el gran cacique, aquel que por su volición puede solucionarlo todo; no ha sido posible demostrar la importancia que encierran las elecciones locales en las entidades del país y mucho menos ha sido posible demostrar la importancia de la participación ciudadana, en todos sus sentidos, ya sea para apoyar o para denunciar (ni hablar de proponer).

L@s mexicanos (no todos, es cierto), luego de una poco satisfactoria y exitosa vida política, continúan pensando que son sus instituciones y sobre todo, las personas que administran esas instituciones, quienes pueden cambiarlas, quienes pueden mejorarlas y trabajar para la comunidad por sí solas.

Sólo veo dos respuestas: o no se ha avanzado o se ha avanzado en la dirección errónea.

Lo que es un hecho es que, así como ha sido bajo el amparo y complicidad de la ciudadanía, que los partidos políticos y demás instituciones electorales (democráticas) han prosperado en el país, son ellos, los ciudadanos, quienes también pueden, a través de su participación, contribuir al cambio real.

Es verdad que los ciudadanos tienen las instituciones que merecen, pero algunas veces los ciudadanos logran superar el progreso de sus instituciones y son esos momentos los que determinan los cambios profundos en las naciones.

Lo que sabemos hoy es que, en México, el 91% de sus ciudadanos piensan que los partidos políticos son las instituciones públicas más corruptas y que, sin embargo, la primera semana de julio de 2013, se llevaron a cabo elecciones. En Brasil el 81% piensa lo mismo de sus partidos, en Turquía, aunque son mayoría, lo piensa el 66% y en Egipto, donde ya destituyeron a su presidente (quien había obtenido en los comicios más del 50% de los votos y tenía menos de 2 años en el cargo), el 74% de sus ciudadanos consideran muy corruptos a sus partidos políticos.

¿Qué tanto hemos avanzado como ciudadanía?
¿Hacia dónde vamos?